

LA ZAJORINA

Esta vez, el agua ha arrastrado la tierra hasta el pueblo. Las fachadas están salpicadas de arena y las paredes aún siguen frías.

La tierra que se ha ido acumulando en sus tobillos se desprende sobre la vereda. Al caminar, la falda se roza con sus rodillas y a la altura de las espinillas se puede ver el vello que asoma entre los remiendos de los leotardos. Lleva las piernas separadas como si fueran una prolongación de los hombros y arquea su cuerpo igual que lo haría un homínido.

Gira las varas alrededor de su cuerpo y apunta en una dirección. Los hombres se retiran como si los estuviese alumbrando con una antorcha. Se sitúan de nuevo detrás de ella, llevan las zoletas al hombro y la cabeza cubierta.

Es aquí.

¿Segura, Zajorina?, le pregunta uno de ellos.

A siete metros, está a siete metros.

No cobrarás si no es así, Zajorina.

¡Dame el dinero y calla!

Uno de ellos, el más grande, saca una bolsa de cuero y echa en la palma de su mano unas monedas. Cuenta tres y se las tira al suelo.

No malgastes el dinero, vieja.

La Zajorina escupe, justo delante de las botas del hombre que le ha pagado, se agacha a recoger las monedas y se marcha monte abajo mientras ellos se quedan cavando en busca de agua. Si se dan prisa, antes de que se eche la tarde, habrán hecho un hoyo lo suficientemente grande como para poder levantar el pozo que dé agua a las tierras que pisan.

A lo lejos, a unos seiscientos metros, cuando entra de nuevo en el camino que va directo hacia el pueblo, todavía escucha las risas de los hombres. Siguen con las chanzas sobre ella y su vestimenta.

Suenan los pájaros: gorriones y zorzales haciendo figuras en el aire, perdiéndose entre las copas de los olivos y almendros frente a los farallones.

La mancha de luz que el sol deja sobre el terreno es suficiente para entrar al cementerio y ver algo. Cuando llega, los rayos alcanzan el frontispicio de la última fila de nichos. Abre la verja y deja los palos

con los que busca el agua en un tiesto de barro cocido que hay a la izquierda.

El día ha sido caliente y nada más entrar olisquea el aroma pútrido y dulzón de los últimos cuerpos que han enterrado. Se dirige hacia la zona de los panteones y busca hasta que encuentra unas cuantas flores frescas. Arranca de sus tallos cuatro claveles, se los guarda en la faltriquera que lleva bajo la falda y oculta los tallos descapullados en medio de la mancha roja que hay flotando en el aire. Desde unos diez metros no puede verse que alguien los haya arrancado, parece un pañuelo rojo mecido por la brisa de la tarde. Camina hacia la fosa común, saca las flores de su bolsillo y se lleva las palmas repletas de pliegues aterciopelados hasta la nariz, los huele, los besa y luego los tira junto a los huesos que hay esparcidos por el suelo. Dos por su padre, al que adoraba, de él aprendió a buscar agua con sus palos y de él le llegó el nombre por el que todo el pueblo la conoce. Los otros dos los echa por su hijo, al que no pudo enseñarle nada y reza para que, de entre la montonera de huesos, las flores rocen los suyos.

La Zajorina se queda de pie frente a la verja hundida en el suelo, con los cipreses a su espalda. Cuando los últimos rayos de sol entran en el nicho de la fosa, ve las flores como ascuas entre el color ocre de los huesos. Coge sus varas y sale del cementerio sin cerrar la reja: no

entiende el hábito de echar la traviesa de hierro y deja una de las hojas batiendo con los movimientos del aire.

Nadie va a salir de aquí, murmura mientras vuelve la vista hacia los nichos que aún ve desde la carretera a pie de pueblo.

Cuando alcanza las primeras casas, la luz de los candiles es más fuerte que la que llega a última hora de la tarde y la sombra se proyecta en las paredes. La luna le parece una vieja moneda y ve las salamandras trepando hasta las cornisas de los balcones en busca de los insectos, alúas y mantis que refulgen en el blanco de las paredes.

Entra en casa y coge una vela, la enciende y la acerca a la cara de su marido. Está sentado en la butaca de mimbre y apenas hace un gesto cuando la ve.

Traigo tres monedas.

Ummmmmm.

Es un sonido sin vocalizar todo lo que sale de su cuerpo, un gesto de aprobación o de dolor. La comunicación que le está permitida.

Acaricia su rostro con la palma de la mano y besa su frente. Siente en sus labios las últimas hebras de pelo de su cabeza, como un manojito de esparto a punto de deshacerse.

En la cocina, enciende la lumbre y pone agua a hervir en el cazo. Cuando está ardiendo, suelta un mendrugo de pan duro, un poco de sal y el interior de un huevo de gallina. Lo calienta todo. La miga de

pan se abre y se tinte de amarillo. Abre las puertas del chinero, pero no encuentra nada. Vuelve hasta la salita y comienza a darle de comer. Apenas abre la boca y de cada cucharada una parte cae sobre la camisa. Cuando ocurre varias veces, la Zajorina se lleva la tela a la boca y sorbe.

Siempre le llega el olor a viejo de su marido.

Se ha dejado mucho más que de costumbre en el cazo, lo suelta en el suelo y tira suavemente del labio hacia la barbilla. Al iluminarlo con la vela ve cómo ha empeorado, no se distingue el rojo natural de la carne ni las venillas que antes había entre las heridas, ahora todo es del color amarillento del pus y de las llagas blanquecinas talladas entre su labio y las encías.

No te queda mucho tiempo, le dice, y le da un beso en la frente.

Se come la sopa que queda en el cazo, lo lleva hasta la cocina y vuelve para llevarlo a su dormitorio. Lo arrastra sobre sus talones. Al principio, cuando su marido empezó a quedarse sin fuerzas, le costaba mucho trabajo, era difícil tirar de su cuerpo pesado. Con el paso de los días lo ha ido notando más ligero y cada vez le resulta más sencillo trasladarlo y subirlo hasta su jergón.

Lo primero que le apareció fue una llaga en el tobillo; los dos creyeron que tardaría poco en cerrarse, solo debía comer bien todos los días. Lo sabía porque años atrás se lo había dicho el médico cuando fue a atender a su hijo: Si no está bien alimentado, de nada servirá el

reposo. Antes de que se marchara, sacó el dinero que tenía y le pagó, y cuando lo vio irse, subiendo los escalones que separaban el interior de la casa del frío de la calle, pensó en las gallinas que había vendido para poder pagarle, y en los huevos que ya no tendría.

Fue ella la que tomó la decisión de llamar al médico. Su marido siempre creyó que era mejor conservar las aves en el patinillo, y que la comida y el tiempo lo sanarían, pero no le hizo caso; creía que tenía el derecho de decidir, y ni siquiera, cuando su hijo ya estaba muerto tuvo el valor necesario para explicarle por qué era así; para decirle que no sabía si aquel angelito al que estaban dando sepultura era suyo o de uno de los dos hombres que la habían violado.

Enciende una vela en su dormitorio. Lo oye gimotear como a un animal. No tiene la certeza de que quiera decirle algo, solo es dolor. Lo arropa un poco y se estremece. Besa de nuevo su frente y pasa su pulgar por la mejilla. Está mal afeitado, pero eso hace tiempo que no le preocupa. Va hacia el palanganero y recoge la navaja y la brocha de afeitar; no lo hizo ayer y está convencida de que tampoco lo hará mañana, las aparta, deja hueco para la silla en la que ha decidido colocar su mortaja. Abre el armario y saca su viejo traje de militar.

Otro gallo hubiera cantado de no haber perdido la guerra, murmura frente al espejo que hay justo encima de la jofaina. Lo dice mirando su figura apoltronada en la cama.

Lo dobla sobre la anea del asiento, lo palmea y sacude el polvo. Hace aspavientos en el aire para disipar la polvareda que cae al trasluz de la llama de la vela. Tose un par de veces y se acuesta a su lado.

Está cerca de una hora acariciando su cráneo abultado, casi no puede notar el pelo, se pierde como la hierba seca entre sus dedos. En ese tiempo la intensidad de los gemidos de su marido ha disminuido y no se oye. Pone la mano en su pecho y lo siente respirar. Lo hace débilmente, pero lo hace. Luego, ella, también se duerme a su lado.

En mitad de la noche siente su mano apretada por la de él y cómo, poco a poco, la fuerza que la apretaba cede a la presión de un cuerpo desvanecido. Acerca la vela y lo encuentra muerto, sin expresión de dolor en su rostro. Ahora, las llagas ya no le escuecen. Le quita la camisa y el calzoncillo y lleva la mortaja hasta la cama. Cuando le da la vuelta ve su cuerpo lleno de escaras, desde los hombros hasta los tobillos y llora por él. Lo limpia con un trapo que ha humedecido en el palanganero y lo viste con su antiguo uniforme. De la guerra solo guardaba tres cosas: el traje de oficial, una granada de mano por si algún día venían a buscarlos y un sinfín de malos recuerdos.